

La «fabricación» de Fernando VII

Manuel Moreno Alonso

Universidad de Sevilla

«La magnanimidad y dulzura que tan bien sienta a los reyes, en todos casos, son en las circunstancias actuales de España, la única guardia invencible a quien Fernando VII puede fiar sus derechos y su trono.»

(José María BLANCO, *El Español*, mayo-junio de 1814)

Muy probablemente, del rey Fernando VII puede decirse con razón que ha sido el rey más amado y al mismo tiempo el más odiado de la historia moderna de España. Existe una rara unanimidad por parte de los historiadores de todos los tiempos, empezando por los de su reinado, en juzgarle con severidad sin por ello faltar a la justicia y a la verdad histórica. Las palabras de Menéndez Pelayo siguen teniendo plena vigencia: «La justicia en la historia se debe a todos, y es muy difícil dejar de faltar a ella, cuando se formulan fallos demasiado absolutos. El reinado de Fernando VII está todavía demasiado cerca de nosotros, para que sobre él haya podido recaer una sentencia firme y ejecutiva. Tomado en conjunto, es uno de los más tristes y abominables períodos de nuestra historia, pero hay que establecer algunas distinciones»¹.

Hoy, cuando el reinado de Fernando VII no está ya «demasiado» cerca de nosotros, los juicios siguen siendo absolutos. Y las «distinciones» que pueden hacerse en su favor, a la luz de las conclusiones

¹ *Historia de los Heterodoxos Españoles*, VI, Madrid, CSIC, 1963, p. 159.

de las historias más recientes, siguen abundando en las señaladas por el propio don Marcelino: «Fernando VII, mal hijo, príncipe débil, monarca perjuro, conspirador contra su padre y contra sus súbditos, autor o factor de dos reacciones estúpidas y sanguinarias, merece la execración de la posteridad, aunque parezca demasiado enfático y desproporcionado, en bien y en mal...» Llegando a compararle, según el paralelo que los liberales solían hacer de él, con Tiberio, Menéndez Pelayo -que trata de situarse en una postura más objetiva-, salvaba de su reinado, que no de su persona, algunos aspectos positivos: la nivelación del presupuesto en 1829 y 1830; la reorganización de la Hacienda y del Ejército en los términos en que quedaron a su muerte, la promulgación del Código de Comercio y la fundación del Museo del Prado. Aunque, según él, todos estos actos -«dignos de buena memoria»- no bastaban a «contrapesar sus enormes culpas».

La historiografía española y extranjera -desde la coetánea a su reinado \geq es la demostración palpable, salvo casos de adulación y falta de crítica, de la unanimidad de este juicio, y no sólo por la vigencia de una historiografía «ramplona y nunca renovada» de la que han hablado, con razón, algunos historiadores. Aun cuando es verdad que no son pocos los aspectos oscuros del rey y de su reinado que faltan por aclarar con las pertinentes «distinciones». El juicio general, desde su misma época, es tanto más negativo cuando mayores fueron las esperanzas puestas en «el Deseado». Según José Luis Comellas -que, con ponderación, tiene en cuenta las difíciles condiciones en que se desarrolló su reinado- Fernando VII «acabó no contentando a nadie»: «El monarca, corto de miras y desconfiado, no veía nunca despejado el horizonte del país para lanzarse a una política franca.» Y, a consecuencia de ello, Fernando, «temeroso siempre de abrir la mano en demasía, prometió y no cumplió; su política fue netamente cerrada y sin iniciativas»³.

² Cfr. Manuel MORENO ALONSO, *Historiografía Romántica Española*, Sevilla, Universidad, 1979, 594 pp.

³ José Luis COMELLAS, *Historia de España Moderna y Contemporánea*, II, Madrid, Rialp, 1974, p. 264. El juicio, emitido con ponderación de este autor, está avalado por sus estudios anteriores sobre el reinado, principalmente: *Los primeros Pronunciamientos*, Madrid, 1959; *Los realistas en el trienio constitucional*, Madrid, 1958, y *El Trienio Constitucional*, Madrid, 1963.

I. La «fabricación» de un rey

Si Fernando VII fue, en verdad, el «más amado» y el «más odiado» de los reyes españoles, ello se debió a que, en una de las etapas más difíciles de nuestra historia, de él se construyó una determinada imagen que, en algunos aspectos, llegó a estar prefabricada en uno u otro sentido. Levantó tantas esperanzas que todas quedaron en mera caricatura según los deseos de unos u otros. Pocas veces la imagen de un rey se construyó de una forma tan irreal-real, máxime teniendo en cuenta el sentido ideológico que envuelve todo el reinado tras la Guerra de la Independencia, que tanto tuvo de una contienda civil ⁴.

Escribiendo, muchos años después, en el *New York Daily Tribune* con motivo de la revolución de 1854, Marx, en el fondo, no vio en aquella situación grandes diferencias con la imagen de España durante otros reinados que, con su habitual erudición, cita concretamente: los de Juan II, Enrique IV, Carlos II o el mismo Carlos IV, padre de Fernando VII, pues los «levantamientos insurreccionales constituyen algo tan viejo en España como ese vaivén de favoritos de palacio, contra el que aquéllos suelen ir dirigidos». De donde la continua rebelión de los españoles contra las distintas camarillas que han solido rodear a los monarcas. Una observación de interés toda vez que, en tomo a Fernando VII, su famosa «camarilla», por ejemplo, adquiere una importancia indiscutible que explica, en la opinión de los contemporáneos, tanto las decisiones atrabiliarias del rey como las críticas a éste ⁵.

Por cierto que, para Marx, un problema «todavía por resolver», y hoy perfectamente resuelto por la historiografía, era el de la «desaparición sin resistencia» de la Constitución de 1812 a la vuelta del

⁴ Cfr. Manuel MORENO ALONSO, *Los españoles durante la ocupación napoleónica. La vida cotidiana en la vorágine*, Málaga, Algazara, 1997, pp. 71 ss.

⁵ Karl MARX y Friedrich ENGELS, *Escritos sobre España*, edición de Pedro Ribas, Madrid, Trotta, 1998, pp. 104 Y 105. Según Marx, bajo el reinado de Carlos II, el pueblo de Madrid se levantó contra la «camarilla», en este caso, de la reina, y se dirigió al palacio real, obligando al rey a salir al balcón y a denunciar él mismo a la camarilla. De la misma manera que, en su opinión, la Guerra de la Independencia comenzó, igualmente, con una insurrección popular contra la camarilla, personificada entonces por Godoy, «exactamente igual que la guerra civil del siglo XV había comenzado con el levantamiento contra la camarilla, personificada entonces por el marqués de Villena». De la misma manera, según el mismo autor, que la revolución de 1854, empezó con la sublevación «contra la camarilla» personificada por el conde de San Luis.

rey. Pues, según él, «rara vez ha contemplado el mundo un espectáculo más humillante». Porque, «cuando Fernando VII entró en Valencia, el 16 de abril de 1814, el alborozado pueblo se unció a su carruaje y testimonió en todos los medios posibles de expresión, de palabra, y de obra, su deseo de tomar sobre sus hombros el viejo yugo, gritando: ¡Viva el rey absoluto! ¡Abajo la Constitución!». Con la particularidad de que en este caso el *pueblo* –a quien Marx llama en este contexto el *populacho*, la *chusma*, la *multitud*- se erigió en favor del rey de la misma manera que, con anterioridad, se levantó en armas contra Napoleón de acuerdo con los «viejos prejuicios populares» extendidos, con anterioridad, por «el mismo partido revolucionario» 6.

Ahora bien, en esta ocasión, las tomas se cambiaron. Y quienes consiguieron atraerse al rey para el restablecimiento del Antiguo Régimen –los grandes, el clero, los frailes y los abogados- no dejaron de excitar al máximo el descontento popular creado por las «desgraciadas circunstancias» que habían marcado la introducción del régimen constitucional en suelo español. A pesar de que, al principio, en el decreto de 4 de mayo de 1814, al derogar la Constitución, proclamaba su odio al despotismo y prometía reunir las Cortes según las formas legales antiguas. Las posiciones –con la persecución de las ideas y la sucesión de los hechos- quedaban definitivamente enfrentadas.

* * *

El término «fabricación», aplicado al *hacer* de un rey, ha sido utilizado con especial logro por el historiador británico Peter Burke al caso de Luis XIV, sin por ello pretender una nueva biografía ni tampoco un análisis, detallado, de la historiografía. Toda vez que su estudio se centra no tanto en el hombre o en el rey como en su imagen; y, desde luego, no en su imagen a los ojos de la posteridad, objeto de tantos otros estudios, sino en el lugar que, en su caso, el rey de Francia ocupó en la imaginación colectiva 7. Un modelo de análisis que, con grandes dificultades, podría aplicarse al caso de Fernando VII porque, a gran distancia de los estudios dedicados a la figura del Rey Sol –objeto idóneo para un estudio monográfico de esa naturaleza-, no contamos con trabajos previos sobre la comunicación, la circulación o la recepción de su imagen pública, en unas circunstancias, además,

6 *Ibidem*, p. 142. Las cursivas, en castellano en el original.

7 Peter BURKE, *Lafabricación de Luis XIV*, Madrid, Nerea, 1995.

en que ésta era objeto de una constante revisión muy diferente de la del rey de España.

Por supuesto, para un estudio de esta naturaleza, hay una dependencia de la «publicidad contemporánea» que lo mismo en el hacer de un rey que de otro nos conduce a los mismos mecanismos explicativos: la ideología, la propaganda y la manipulación de la opinión pública. Porque, en cualquier caso, la «fabricación» de un personaje, como la de un mito, es, en buena parte, cuestión de «propaganda» en el sentido de manipulación de la «opinión pública». Ya que todos estos aspectos -propaganda, opinión pública e ideología- empiezan a constituir en el caso de Fernando VII y de su tiempo ya una realidad, en un sentido o en otro, de la que los contemporáneos son perfectamente conscientes.

Es el caso que se advierte, perfectamente, por ejemplo, en el retrato político, completamente negativo, que del monarca hace en 1826 Carlos Le Brun, después de haberle dedicado al rey un tomo de *anécdotas* de su vida y reinado ⁸. En su nueva publicación, según nos dice el autor, a éste no le interesa el rey como monarca o como Fernando sino «como pieza de la revolución española». Porque «cuanto dijéramos -dice- no serviría de otra cosa, que de quitarle la fuerza y la expresión a su fisonomía física, que es también su caricatura». Y agregaba: «La opinión pública lo ha llegado a identificar con su mismo rostro, y aun con su mismo nombre. Basta nombrarle para coger de repente todo el ridículo de sus facciones.» Sencillamente, para Le Brun, había sido la revolución (con la consiguiente reacción) la que ha fabricado al personaje, dándole a aquella «su caricatura la última mano, y como rey, y como Fernando». A lo que añade: «la revolución le ha encargado, sin que él lo entienda, perfeccionar su retrato: él la sigue contra sí mismo, creyendo que es contra la nación; y es seguro que la concluirá a satisfacción de la revolución misma» ⁹.

Es, desde luego, la llamada *revolución española* ¹⁰ la que, queriéndolo o no, ha terminado por «fabricar» al rey español y, desde la adulación más servil a la crítica más liberal, propagar su imagen. En su ausencia,

⁸ Carlos LE BRUN, *Vida de Fernando VII, Rey de España; o colección de anécdotas de su nacimiento y de su carrera privada y política*, publicadas en castellano por..., ciudadano de los Estados Unidos e intérprete del Gobierno de la República de Pensilvania, Filadelfia, 1826, 341 pp.

(⁹) Carlos LE BRUN, *Retratos políticos de la Revolución española*, Filadelfia, 1826, pp. 186-190.

¹⁰ M. MORENO ALONSO, «La revolución liberal de 1820 ante la opinión pública española», *Revista de Estudios Políticos*, núm. 52, '1987, pp. 91-110.

durante los años de la guerra, se fabricó el mito de «el Deseado» –el rey soñado de todos los españoles– y, después, cuando los españoles se escindieron en partidos casi irreconciliables, para unos siguió siendo «el Deseado» y para otros el culpable de todas las desgracias que se abatieron sobre España. Aun cuando, según el decir de Le Brun, «a la entrada por los Pirineos anunció a los españoles el despotismo que traía en su pecho, que se llamaba ya como él, *Fernando*». Y, después, al llegar a Madrid levantó –«ya desvergonzadamente»– el hacha de la tiranía, que pasó después por toda la Península «chorreando sangre, y llenando de horror todos los pueblos».

El resultado de este *hacer* tendría, sin embargo, consecuencias nefastas para el reino y el reinado, pues, según el citado autor, «la España se fue acostumbrando así a aborrecer y despreciar al gobierno, lo que es ya una disposición inmediata para arrojarlo a la primera ocasión favorable». Toda vez que, según el mismo autor, «Fernando conspiraba contra sí mismo, cuando creía, persiguiendo y matando, que se libraba de conspiradores». De manera que, tras jurar la Constitución, dirigirá la revolución contra sí mismo, «como si estuviera convencido de que no era suya, sino del pueblo, a quien se la debía volver, para que la diese a quien le pareciera». Y así Fernando «tendrá siempre la gloria de ser el primer Rey que se destrona por sí mismo, y ha seguido con estas miras, desde que nació, todos los trámites de una revolución con una constancia, que admirará la historia».

2. El «caso» de Fernando VII

En la «Introducción» a *La España de Fernando VII*, de Miguel Artola –la obra más voluminosa existente sobre el reinado de este monarca y, hasta el momento, la visión de conjunto más aceptada a pesar de su fecha–, hablaba Carlos Seco del «caso» de este rey, señalando con razón que pocas figuras históricas han padecido de «tan mala prensa» como Fernando VII, pues «por espacio de siglo y medio le han hecho objeto de sus diatribas tirios y troyanos». Hasta el punto de que Fernando VII «es un caso. Un caso único. Un caso de difícil –o de imposible– defensa». Y agregaba: «Mezquino e hipócrita, incapaz del sacrificio personal por una causa grande, Fernando VII se ha convertido en auténtico símbolo de la perfidia y de la baja»¹¹.

¹¹ Miguel ARTOLA, *La España de Fernando VII*, tomo XXVI de la *Historia de España* de MENÉNDEZ PIDAL, Madrid, Espasa-Calpe, 1968, p. XXII.

Imagen que deriva, evidentemente, de la idea percibida y sentida de los contemporáneos que, al igual que los historiadores posteriores, tuvieron y dieron del rey y del reinado. Y como el rey no contentó a nadie, unos **-los liberales-** le vieron como su enemigo, «abierto y feroz unas veces, solapado e hipócrita otras», y los otros **-la reacción realista-** como un hombre débil, víctima de sus claudicaciones, y que al final puso el futuro en manos de los liberales al decidir el acceso de su hija al trono.

Con todo, el «caso» de Fernando VII es peculiar también porque muchos españoles tradicionalmente **-y Seco se refiere principalmente a los de confesión republicana-** han convertido al rey en un símbolo de la Monarquía entera, o, al menos, de la dinastía borbónica. Y muy larga podría ser, en este sentido, la lista que en determinadas épocas **-y señaladamente-** durante el sexenio revolucionario ¹², o durante la Segunda República ¹³, se ocupó negativamente, incluso de forma airada, tanto del rey como de una monarquía fundida con su símbolo ¹⁴.

Considerando como insuficientes, por otra parte, algunos intentos de defensa, «con más o menos fortuna», del rey (Izquierdo Hernández, Pintos Vieites, Jorge Vigón), tampoco aceptaba el historiador citado por buenas las posturas de quienes, «pura y simplemente, condenan sin apelación». Y propugnaba un nuevo revisionismo, que todavía falta por acometer. «El caso personal de Fernando VII **-escribía el citado historiador, en este sentido-** sólo puede ser entendido profundizando en los hechos que, desde la infancia y, gravitando sobre una auténtica tara esencial **-la cobardía, nunca vencida-**, acabaron por moldear una personalidad muy común en el ámbito de la vida vulgar, pero forzada fatalmente, por circunstancias excepcionales, a poner de relieve, en la cúspide de la política de la sociedad, todas sus aristas negativas.»

* * *

Una imagen muy particular, aunque elaborada con posterioridad, sobre la «fabricación» del rey por parte de uno de sus contemporáneos

¹² Tal es la visión, por ejemplo, de Fernando Garrido o de Ildefonso Bermejo.

¹³ Es el caso, entre otros, de D. SAN JOSÉ, *Martirologio fernandino. Víctimas y verdugos del Absolutismo, 1814-1833*, Madrid, 1931.

¹⁴ Al hacer balance del reinado, PI y MARGALL escribió: «La Historia le ha juzgado con el rigor que merecía, como hijo, como padre, como amigo, como rey y aun como hombre. Su muerte alivió de una inmensa pesadumbre al pueblo español, que le debe, entre infinitas desgracias, la de haber retrasado durante muchos años la cultura nacional» (*Historia de España en el siglo XIX*, 1, Barcelona, 1903, p. 421).

y declarado enemigo personal, es la que nos da en sus *Memorias* el príncipe de la Paz. No puede decirse, evidentemente, que su imagen haya influido en la historiografía del monarca. Pero, evidentemente, en su visión hay claves fundamentales que, desde su infancia, nos explican, aunque sea desde una óptica interesada y poco serena -«**me** sale de mi alma lo que digo», escribió Godoy-, algunos de los aspectos del «caso Fernando» antes incluso de llegar a ser rey. Pues, después, todas las esperanzas, según pudo comprobarse, se desvanecieron cuando muy bien «[oo.] hubiera presidido a los destinos de la España un buen Gobierno generoso, conciliador, pacífico, ilustrado y amante de la patria» en respuesta al «heroico sacrificio del pueblo»¹⁵.

Refiriéndose a los sucesos de El Escorial, y considerándole en realidad como un conspirador contra su propio padre, Godoy se ocupó principalmente de la nefasta influencia que desde un principio rodeó al príncipe y, en particular, a «la ambición prematura del poder» que le inspiraron a Fernando sus «pérfidos» amigos; porque, durante muchos años, mantuvo relaciones «con los malsines y traidores, que consiguieron seducirle y hacerle su instrumento». Y, en su alta posición, era «más grave que en ninguna otra tramar y maquinan contra el Estado» aparte de hacerlo contra el rey, su padre¹⁶. Un hecho que el propio Godoy siempre deploraría, pues, según su propia confesión, él mismo «[oo.] debiera haber velado atentamente sobre los amigos del príncipe de Asturias y sobre el mismo príncipe, no posponiendo aquel deber a mi respeto y mi lealtad mal entendida a su persona»¹⁷. Pues, por efecto de tales amigos, y especialmente de sus consejeros, a la cabeza de los cuales se encontraba Escoiquiz, el príncipe Fernando, según Godoy, «no aprendió nunca a amar, sino a recelar y temer: temió en su adolescencia, temió en su juventud, y pasó toda su vida temiendo siempre y sospechando, sin creer jamás en la virtud de ningún hombre, sin excepción tampoco ni aun el mismo Escoiquiz; que él también, a la postre, cogió el fruto de su propia enseñanza y murió en el destierro que por su propio alumno le fue impuesto». A lo que agregaba: «¿Cuál se pudo formar el carácter de aquel príncipe, que en su primera edad, en la edad de las impresiones eternas, se le hace concebir que sus

¹⁵ PRÍNCIPE DE LA PAZ, *Memorias*, 11, Madrid, 1965, p. 187.

¹⁶ *Ibidem*, 11, p. 188.

¹⁷ *Ibidem*, 11, p. 200.

padres lo detestan, que lo posponen a un extraño, que lo rodean enemigos y que peligran en ellos su porvenir y su Corona?»¹⁸.

3. Fernando VII y el pueblo

El *caso* de Fernando VII y, en consecuencia, la imagen que proyecta su figura y su acción de gobierno no se entiende sin la entrada en acción en la historia desde el comienzo de su primer reinado de un factor fundamental: el pueblo. Ese *pueblo* –a l que el propio Marx llamó *populacho*, *chusma*, *multitud*– que, por su acendrado realismo, los historiadores liberales llamarán con desprecio «vulgo», conscientes perfectamente de que «el pueblo carecía de la ilustración necesaria para el cambio que se meditaba» por las clases acomodadas y minoritarias, según el decir del historiador del rey Fernando y de su reinado, Estanislao de Kostka Bayo¹⁹. Porque es evidente que Fernando VII, que era un monarca del «despotismo ilustrado», actuará teniendo en cuenta los deseos de ese *pueblo* que, con una fuerza extraordinaria, irrumpe de forma espontánea a partir de 1808 en la vida política a través del levantamiento, del motín o de la guerrilla.

Una vez más, la clave de todo este proceso se encuentra en la Guerra de la Independencia que, como se ha indicado, actuó de un «gigantesco plebiscito» del pueblo en masa. Ahora bien, los historiadores liberales del reinado, apartándose de la realidad, han «fabricado» a su vez su propia imagen de este nuevo factor. Pues si durante los hechos más heroicos no dejaron de ensalzar al pueblo, desprendiendo sus actitudes de todo fanatismo, cuando el rey regresó del destierro y apoyó su reacción sin condiciones, no dejó de vituperarle, creyendo que era la ignorancia la que le movía. Una actitud, por cierto, que no pasó desapercibida a muchos de los viajeros que vinieron por España. Pues en el marco de aquella crisis social y política en que se hunde el Antiguo Régimen, el pueblo llano, al borde del desenfreno y de la anarquía, se erige en el gran protagonista. De donde el asombro, por ejemplo, de Merimée, cuando escribía que los campesinos adoraban a Fernando VII y los grandes señores le detestaban, porque el régimen

¹⁸ *Ibidem*, 1, pp. 256-257.

¹⁹ *Vida y reinado de Fernando VII de España, con documentos justificativos, órdenes reservadas u numerosas cartas del mismo monarca*, II, Madrid, Imp. de Repullés, 1842, p. 133.

fomentaba «los malos instintos de la canalla» y no tenía más que suspicacias para los que usaban levita.

La historiografía liberal, consciente de la importancia del nuevo factor que entra como un torbellino en la historia, fabrica una doble imagen, paralela, del rey y del pueblo. Primero el rey una bandera sacrosanta, y los curas y frailes son los primeros partícipes del heroísmo general. Pero cuando el rey regresa del destierro y el pueblo -convertido ahora en vulgo- le idolatra y le secunda en sus «felonías», todos prefieren creer que es la ignorancia la que le anima o sencillamente el fanatismo inculcado por el clero.

Frente a la imagen romántica del pueblo «artífice de la libertad», mil veces manifestada en la gesta del Dos de Mayo y en los apoyos de la Constitución, la realidad parece ser que, entre 1808 y 1814, justo cuando nace nuestro liberalismo, el pueblo se hace más realista que nunca. Y se «fabrica» -o le fabrican quienes sabían leer y escribir- «un Deseado» que luego le halagará hasta en sus propias bajezas. Porque el rey, que, desde el motín de Aranjuez, todo lo debía al clamor popular, tenía muy claro que allí donde estaba éste, allí tenía que estar él. Y el rey -contribuyendo a construirse una imagen popular- contará con el apoyo del pueblo en las grandes manifestaciones, en los recibimientos triunfales o en los gritos de la multitud. «Perspectiva muy nueva es la de un pueblo -escribirá con sorpresa Manuel Marliani- que echa allá al través lo pasado, conservando tradiciones acia-gas, dejando todavía en pie sus achaques administrativos, y desalándose tras un porvenir que nunca logra alcanzar.»

El pueblo es probablemente la clave principal que explica el «caso» Fernando VII. «Aquel pueblo -sigue diciendo Marliani-, que se irguió como un solo hombre contra Napoleón [y que], admite, sin resistencia apenas, resignado, si no gozoso, al duque de Angulema a los diez años.» Un pueblo -al que el historiador imagina «más ufano con su nacionalidad»- y que, por consiguiente, «parece que ya está careciendo de aquel brío, y es tal su postración, que ha conceptualizado la intervención extranjera el único específico para sus quebrantos». Todo un gigantesco «vaivén político» que lo mismo explica la actitud del pueblo que la del rey o que la del Gobierno que «desacatándolo todo y atropellando toda moralidad pública, ya no pudo guerrear contra todos; y entonces todos le han declarado la guerra»²⁰.

²⁰ Manuel MARLIANI, *El reinado de Fernando VII* (título original: *Historia política de la España moderna*), Madrid, SARPE, 1986, Prólogo, pp. 8 Y9.

Refiriéndose a la «clave del enigma», este historiador, entre tantos otros, llega a la conclusión -que podría ser también la del propio Marx- que el «estado actual» de España venía a ser «una transformación de la lid encubierta en lucha de mano armada, predispuesta por siglos de un régimen idiota, fanático e inmoral». Aun cuando será a partir de 1814 -cuando «alza Fernando VII el pendón del contrarresto»- cuando «la España gira y regira desde aquel punto por el cerco interminable de las reacciones sangrientas)) que tampoco acabarán con la muerte del rey en 1833. Lo que, en definitiva, puede llevar a pensar a cualquiera que la «fabricación)) esencialmente negativa de aquel rey poco se diferenciaba en realidad de la de otros porque «nunca rigió en España otro Gobierno, prescindiendo de su planta, que el de la arbitrariedad y sus ímpetus, pues el régimen público jamás se atuvo a otra pauta que el antojo de los gobernantes: siguió siempre el achaque metido en los tuétanos, y asoma ahora mismo con el predominio que trae consigo la tradición de siglos)).

La condena unánime de Fernando VII por la historiografía liberal, tanto por su «populismo)) y connivencia con el *pueblo* como por su desprecio de la *soberanía popular* de los representantes de aquél, responde, por otra parte, incluso a una imagen «prefabricada)) que es anterior a su reinado. Porque, durante el romanticismo, se criticaron duramente, por parte de los historiadores, mitos tan sólidos como la «leyenda rosa)) que servía de aureola todavía al Emperador Carlos V. A comienzos de siglo -1799-1800-, es decir, en una fecha bien temprana, Quintana, padre del liberalismo y años después perseguido por Fernando VII, exaltaba ya las libertades de España frente a la tiranía del Emperador. En su poema a *Juan de Padilla*, escrito por entonces, y que tanto entusiasmó a Humboldt en visita entonces por España ²¹, su ideario, que era ya un secreto a voces, quedaba al descubierto, y como tal ejercería después una gran influencia en el mundo de las letras. Para el celebrado poeta -aclamado por Capmany en un momento como «patriarca)) del liberalismo español- la revuelta de los Comuneros fue ya la hora de la libertad que había sonado para España. Y en verdad que, con anterioridad al reinado de Fernando VII, pocas veces se ha juzgado tan duramente lo mismo al Emperador que a los demás reyes de España como hace Quintana en *El Panteón del Escorial*. Sin necesidad de ocuparse del último de los reyes -el propio

²¹ Wilhelm von Humboldt, *Diario de viaje a España, 1799-1800*, Madrid, 1998, pp. 118-119.

Fernando VII- todos los amigos del poeta, por otra parte, compartían su opinión de que hasta «la dinastía de Austria es un paréntesis en la historia de España», un argumento que también compartían no pocos de los historiadores de entonces que, decisivamente, contribuyeron a la fabricación de la imagen de Fernando VII que ha llegado hasta nosotros ²².

En realidad se trataba de la misma tesis que el propio Quintana sostenía en los tiempos de persecución política ante su amigo Lord Holland. Pues, una vez más, no sólo el rey sino «sus privados», y, con ellos, los preladados, magnates, militares, magistrados, «todos se entendieron entre sí para poner en manos del rey sin reserva alguna el poder y autoridad del Estado, despojando a la nación de cuantos derechos acababa de adquirir». Y todo transcurrió «al instante», cuando la venida del rey «rompió el equilibrio, y la balanza se inclinó a favor de los enemigos de la libertad». Pero, según el propio testimonio de Quintana, no habían pasado veinte meses de la «reacción liberticida» de 1814 cuando «ya el entusiasmo por su persona había hecho lugar al desabrimiento y a la inquietud» ²³.

* * *

Dentro de esta misma explicación, resulta particularmente interesante el pronóstico coetáneo que un observador tan sagaz como Blanco White, buen amigo de Quintana y perfectamente informado de los sucesos de la Península en Londres, hizo del rey Fernando con indiscutible conocimiento de causa. El interés de su retrato consiste en que está hecho en función de las «necesidades» que el pueblo, en aquellas difíciles circunstancias, tenía del propio rey. Porque, en su opinión, los acontecimientos que habían destronado a Carlos IV, por ejemplo, no habían roto «estas costumbres» a pesar de que «los hechos demostraban claramente al pueblo cómo efectivamente podían oponer sus propias opiniones a las autoridades constituidas».

Así su lealtad no resultó dañada «lo más mínimo», y a continuación, el nombre de Fernando VII seguía siendo «gran lazo de unión que

²² Cfr. M. MORENO ALONSO, «La imagen del Emperador en la historiografía romántica», en *IX Jornadas Nacionales de Historia Militar*, Sevilla, Cátedra General Castaños, 2000, pp. 1079-1098.

²³ Cfr. M. MORENO ALONSO, «Principios políticos y razones personales para la reforma del Estado en España (De la correspondencia inédita de M. I. Quintana con Lord Holland)», *Revista de Estudios Políticos*, núm. 70, 1990, pp. 289-338.

preservaría a los españoles de la anarquía». Blanco pensaba que defender la autoridad de la corona fue «el único asunto que provocaría una insurrección general». Y, según el observador, que compartía los mismos puntos de vista que su amigo Quintana, si el avance de las tropas francesas no hubiera dispersado a la Junta Central y no se hubieran concentrado los «fugitivos patriotas» en Cádiz, era más que probable que las Cortes se habrían reunido de acuerdo con las antiguas normas y que «las clases privilegiadas, ayudadas por la nación, habrían vencido cualquier intento de alterar la vieja Constitución». Pero Cádiz, por el contrario, «ofreció al partido que fue conocido desde entonces con el nombre de liberal la oportunidad más favorable de asestar un golpe mortal en la misma raíz del poder monárquico, bajo el cual ellos habían protestado sin ninguna esperanza, en silencio y sin descanso» 24.

Para Blanco, la restauración del absolutismo en 1814 fue fácil porque el progreso que los «principios constitucionales» habían hecho era bien leve, y el *nuevo sistema político* «había perdido vigor últimamente en el pueblo que deseaba otra forma de reforma de Estado». Por consiguiente, «era de prever una revulsión del sentimiento en la masa popular, pasiva hasta ahora, y una preponderancia irresistible al partido de la Corte». Con la particularidad de que, en esta ocasión, los consejeros del rey fueron también «suficientemente rápidos» para medir el momento favorable. En resumidas cuentas, y sin entrar en detalles, que, de acuerdo con Blanco, una oportunidad más favorable rara vez se había presentado a la monarquía para consolidar los privilegios de su corona mientras decía promover la felicidad de su pueblo que aquella. Y, después, en el transcurso de un sexenio —el llamado *sexenio absoluto*— la realidad terminó por imponerse, mientras una *nueva decepción* aguardaba a los «deseos abrigados por el pueblo», lo mismo que entre las filas del ejército o de las clases acomodadas, que cada vez fueron distanciándose más del rey cuando no oponiéndosele, con una valoración negativa, cada vez más abiertamente. Pues hasta *los jóvenes*, «que durante las Cortes se sintieron excitados por un sistema popular, ahora no podían soportar la apatía que siguió a la restauración». Y al final —tal era la tesis de Blanco— la Constitución de Cádiz, a pesar de su «desgracia notable para el patriotismo español», fue punto de unión para los oponentes al absolutismo, siendo «más que probable que si no fuera

²⁴ Cfr. M. MORENO ALONSO, *Blanco White. La Obsesión de España*, Sevilla, Alfar, 1998, pp. 349 ss.

por la existencia de este punto definitivo por el que luchar, los enemigos del despotismo no hubieran sido capaces de aunar sus esfuerzos» 25.

Testigo de la entrada triunfal de Fernando VII en Madrid, tras los sucesos de Aranjuez, entre las aclamaciones del público, a Blanco se le debe por cierto uno de los retratos más finos y logrados que se conocen del monarca: «Sin más aparato que el entusiasmo popular de los madrileños entró Fernando a caballo por la puerta de Atocha acompañado de un reducido grupo de la guardia. Yo estaba allí, muy cerca de la misma entrada, y pude verlo perfectamente cuando, rodeado por el pueblo, cabalgaba lentamente en dirección al hermoso Paseo del Prado. Nunca recibió monarca alguno tan sincera y cariñosa bienvenida de parte de sus súbditos, y nunca pueblo alguno contempló cara más vacía e inexpresiva, aun entre las alargadas facciones de los Borbones españoles» 26.

4. El regreso del «Deseado», en 1814, ante *El Español*

En la «fabricación» de la imagen de Fernando VII, según las diversas fuentes coetáneas correspondientes a las distintas fases de su reinado («<<primer reinado», Guerra de la Independencia, restauración, sexenio absoluto, trienio liberal y «ominosa década»), coinciden junto con los escritos más adulatorios las más graves inculpaciones que pudieron escapar a la censura 27. Pero no es fácil encontrar unas reflexiones tan agudas como las que, desde su periódico *El Español*, publicó desde Londres José María Blanco justo en el momento en que todos miraban al «Deseado» como a un Mesías que pronto defraudaría a todos. Era la fabricación de todo un mito que se desvanecería de la noche a la mañana. Pero, evidentemente, para un observador perspicaz, con el alma en vilo, la suerte estaba echada y las expectativas racionales -las que él se había fabricado para su argumentación- quedaban ahí como una pura divagación ante cuál hubiera podido ser la mejor solución para el mejor mundo posible 28.

²⁵ Cfr. José María BLANCO, *Cartas de Juan Sintierra (Crítica de las Cortes de Cádiz)*, Edición de M. Moreno Alonso, Sevilla, Universidad, 1990, 143 pp.

²⁶ José María BLANCO, *Cartas de España*, Madrid, Alianza, 1983, p. 296.

²⁷ La más extensa relación de esta publicística sigue siendo la publicada por Jaime DEL BURGO, *Bibliografía del siglo XIX*, Pamplona, 1978, pp. 355-388.

²⁸ M. MORENO ALONSO, «Las ideas políticas de *El Español*», *Revista de Estudios Políticos* núm. 39, Madrid, 1984, pp. 65-106.

En el número de enero y febrero de 1814, el editor de *El Español* publicaba unas «Reflexiones sobre los asuntos de España» que, muy bien, reflejan el clima de confrontación existente en el país en torno a la constitución y forma de Gobierno que se iba a establecer en España. Sus *Reflexiones* venían a ser, en realidad, la conclusión a la lectura que el editor del periódico de Londres había hecho de los papeles públicos de los partidos *Liberal* y *Servil*. Sobre todo a resultas de la apertura de sesiones de las Cortes ordinarias (16 de enero de 1814), cuando el *partido liberal* se alarmó al ver (como decían sus papeles) que, según el número de clérigos que había en ellas, «más parecen concilio que congreso». A lo que, por su parte, el editor del periódico objetaba que su alarma, más allá de la confrontación, no estaba justificada toda vez que «estos hombres nacidos y criados en España, estos hombres que habían cursado en sus universidades, y vivido en sus principales pueblos, parece que ignoraban cuán corto era el número de los que pensaban como ellos; cuán reducido el círculo de *liberales*». En otras palabras «[...] que las Cortes ordinarias habían, probablemente, de abundar en lo que llaman *serviles*, lo prevenía todo el mundo menos los patriarcas del *liberalismo*».

De donde la «imprevisión» de los autores de la Constitución española, entre tanto el rey, «despojado de ese título de *soberano*, de ese talismán de que se apoderaron con tanta ansia los legisladores gaditanos», tenía a su disposición «todos los sueldos de la monarquía». Cuando «a él -escribe Blanco- volverán los ojos todos los españoles, incluso los diputados (para cuando cese el ayuno de empleos prescrito por la Constitución, o antes si se dispensa como ha sucedido ahora), y en el rey empezarán y terminarán todas las esperanzas del reino». A lo que añadía (enero-febrero de 1814): «El rey será conocido, y respetado de todos, sin interrupción; en tanto que los diputados como pájaros de entrada, nadie sabrá de dónde vienen, ni adónde se esconden, pasado su verano. El resultado que este sistema debe tener en cuatro o seis años a nadie debe ocultársele sino a sus deslumbrados autores.»

De aquí el consejo del editor de *El Español*, en las presentes circunstancias, de, para no arruinar la Constitución y no «volver al antiguo sistema» -«¡Dios libre a la España de semejante calamidad!»-, no seguir un «sistema extravagante» que la llevaría «derechamente» a ella, siguiendo «el modo ilegal y revolucionario con que sus amigos tratan de atemorizar a las Cortes actuales». Y en consecuencia, lo primero que debían hacer éstas era impedir que las galerías tomaran parte

en sus debates. Pues ésta era una medida «de tan suprema importancia, que de ella depende la existencia de las Cortes, y el que España tenga un gobierno libre». Y agregaba: «La frase favorita de ciertos *liberales* “*la patria está en peligro*”, con que exclamaban siempre que estaba en peligro su vanidad o su antojo, tiene su verdadera aplicación al oírse la menor señal de aplauso, o desaprobación de parte de cualquier persona que no tenga voto en las Cortes»²⁹.

y ante esta situación, el editor de *El Español* señalaba que la «vehemencia española en semejantes casos, es muy temible que pierda los estribos...». De aquí que, sea esto lo que fuere, «el punto importante -**indicaba**- es que el pueblo no tome parte alguna en los debates». Pues, a no evitarse esto, «la España no está gobernada por un congreso libre: la España será esclava de la parte más ignorante y atrevida del pueblo en que se celebra el congreso». Y, así, el modo de evitar este «mal gravísimo» es que el presidente mande prender allí mismo «a cualquier individuo que aplauda, desapruebe, o perturbe en las galerías». Y «si la multitud de los culpados -**añade**- fuere tal que no pueda verificarse el prendimiento, el presidente deberá suspender la sesión, y entonces podrá decir con toda verdad: *La patria está en peligro*».

Abundando en esta misma cuestión, en el epílogo al número de *El Español* de este mes de enero-febrero, de 1814, insistía, igualmente, el editor de *El Español* en la noticia de un alboroto en las galerías de las Cortes, que interrumpió las reflexiones que estaban haciéndose sobre «el peligro de que las agitaciones de España llegasen a tal extremo». Pero el editor veía que el desorden subía «a más alto punto», y que en Madrid se verificó, el día 8 de febrero, un tumulto contra la autoridad soberana de las Cortes. Ante lo cual anunciaba: «La multitud ha empeñado ya el cetro; y aunque a esta agitación se siga por algunos días lo que los papeles del partido agitador llamarán quietud y calma; se ve ya claramente que la monarquía ha caído en manos de una facción ambiciosa y atrevida, que resiste con la fuerza cuanto se conforme con su capricho y las miras de sus demagogos»³⁰. Para entonces, evidentemente, es fácil comprender que, antes de la llegada del rey del exilio, cada facción tenía de éste una idea prefabricada, según sus tendencias e intereses.

* * *

²⁹ *El Español*, enero y febrero de 1814, vol. VIII, pp. 82 ss.

³⁰ *El Español*, enero y febrero de 1814, VIII, p. 105.

En el mes siguiente, *El Español*, con las reflexiones de su editor «Sobre España, en las circunstancias presentes de Europa», abordaba (marzo-abril de 1814) la cuestión clave que explica la estabilidad política y social de las naciones, ausentes durante tantos años en el caso de España. «La época presente -señalaba- ha hecho ver que las naciones son capaces de formar una sociedad semejante a la que los individuos componen entre sí en cada una de ellas; que el bienestar y felicidad de cada una contribuyen al adelantamiento y ventajas de todas las otras; que sus fuerzas deben reunirse para contener la injusticia, y proteger la flaqueza, y que la propiedad de cada uno está bajo la salvaguardia de todos los otros.» Y ante las incertidumbres del panorama que se presentaba en el horizonte, y, evidentemente, ante el uso interesado que cada facción podía utilizar del rey, apela a éste, con un sentido de modernidad que sorprende, como garantía de estabilidad: «El amor de los pueblos a su rey, y el placer que debe haberse apoderado de todos los corazones bien dispuestos al verlo restituido al trono de donde lo arrancó la traición y perfidia, es la mejor disposición que puede tener un pueblo para que se apaguen en él las semillas de la discordia.» A lo que agregaba: «Pero también es indispensable que haya la mayor prudencia y honradez en las personas que tengan influjo sobre el restablecido monarca.» Porque, en su opinión, si la Constitución era defectuosa, «por graves que sean sus errores, sería un delirio funesto el querer destruirla».

Sin pretender, según manifestaba, dar lecciones al monarca, el editor de *El Español* señalaba tajantemente que el rey aparecería «muy desventajosamente» a los ojos de Europa si se le viese tomar partido en contra de las «limitaciones» que le han puesto los representantes de un pueblo que tantos sacrificios ha hecho por él, y que, «a costa de su sangre, ha colocado de nuevo la corona sobre sus sienes». Y agregaba: «Yo no tengo el atrevimiento de dar lecciones desde mi oscuro retiro al monarca de las Españas; pero si me hallase en situación en que fuera mi deber aconsejarle, me empeñaría en que la nación viese que el rey no tenía la menor intención de disputarle derechos, y que todo su empeño era contribuir a la mejora de las nuevas instituciones»³¹.

* * *

³¹ *El Español*, marzo y abril de 1814, VIII, p. 192.

Abolida la Constitución con el famoso decreto de Valencia de 4 de mayo de 1814, José María Blanco, que, desilusionado, pone punto final a la publicación de *El Español*, piensa que el camino medio entre la «mal fraguada democracia» de las Cortes y la «arbitrariedad monárquica» del tiempo de Carlos IV había terminado, finalmente, por fracasar. Pues, al final, todos habían contribuido a destruir la «gran obra política» que por espacio de seis años se había intentado construir en España. Así que todo quedaba pendiente de que el rey –**que** decía que «abhorrece y detesta el despotismo», y que asegura que «las luces y cultura de las naciones no lo sufren **ya**»– construyera un camino del que dependería el futuro del país. En sus manos quedaban los destinos de los españoles que, a partir de entonces, de acuerdo con las palabras y las cosas, «fabricarán» su propia imagen del rey sobre una realidad difícilmente incontestable³².

5. La condena de **una** generación

Según la tesis que José María Blanco se aventuraba a exponer, al dar por terminada la aventura de *El Español*, el partido –**el liberal**– que había sido «destronado», no podría ser «extinguido» porque «cada generación que vaya apareciendo, la flor de los españoles que están creciendo ahora, se halla destinada por una necesidad inevitable a aumentar las fuerzas de aquel bando». Y, en cuanto alcanzaba las posibilidades de previsión, se atrevía a decir que «no puede pasar medio siglo sin que el trono español se halle otra vez vacilante, y la nación entregada a la anarquía», a no ser que el rey que acababa de abolir la Constitución actuara sin «despotismo» y con arreglo a las «luces y cultura» de las naciones que no lo sufren **ya**³³.

Y, efectivamente, esta generación, que sufrió y fue víctima del despotismo del nuevo rey absoluto desde 1808 hasta su muerte en 1833, condenará casi unánimemente a quien, durante años, fue imaginado y sentido como «el Deseado». Y cincuenta años después, efectivamente, de la restauración del rey absoluto en España, los nuevos liberales seguirán condenando la figura de Fernando VII al tiempo que rendirán

³² *El Español*, marzo y abril de 1814, VIII, p. 301.

³³ *El Español*, marzo y abril de 1814, VIII, p. 301.

tributo de admiración a «la generación a quien cupo la gloria de cerrar la España antigua y abrir la nueva», y que, sin embargo, «ha desaparecido sin dejarnos los detalles de los grandes acontecimientos en que intervino»³⁴. Pero, entre ellos, había quedado marcado con fuego, y en negativo, la impronta del rey –el primer responsable de aquellos grandes acontecimientos, y miembro de aquella misma generación– que, por él mismo y por la convergencia de todo un cúmulo de circunstancias, se convirtió en símbolo y en imagen de una realidad desgraciada que, sin posible disculpa, ha llegado hasta hoy.

En el transcurso de una generación –la del propio Fernando VII– se construyó la imagen de un rey contra la que se clamará con posterioridad achacándole muchas veces la responsabilidad de males públicos que, en realidad, formaban parte de todo un sistema mucho más complejo. Y de la misma manera que, durante un tiempo –a la vez que se le idealizaba– se atribuyeron los males de España a la funesta gestión del reinado de Carlos IV, y particularmente al depravado Godoy, después, casi sin comparación posible, se le achacarán a la persona que fue aclamada como «el Deseado», y que no contentará ni a tirios ni a troyanos. De tal suerte que si se analiza la imagen del rey y del reinado, aquélla no ofrecerá gran diferencia con la que, efectuada en tintes negros, se hizo en su tiempo, no ya de la de Carlos IV sino la de Carlos III. Pues, aun del más grande de los reyes Borbones, juzgándole con severidad, los miembros más radicales de aquella generación dijeron que «nada hizo en favor de la sólida y duradera felicidad» de la nación :5.

De aquí que los jóvenes radicales de 1808 –que lucharon por el rey hasta la muerte y lo idealizaron, y, después, fueron objeto de su persecución– y que conocieron, todavía, la gestión gubernamental del conde de Floridablanca, por ejemplo, al frente de la Junta Central, no aprobaran su sistema despótico ni el olvido de lo que ellos llamaron, con lenguaje jacobino, los «derechos del pueblo». Pues fueron ellos quienes le responsabilizaron de un *despotismo* que llegaron a calificar de «supersticioso». Y fueron ellos los que, en circunstancias excepcionales, inventaron el mito de «el Deseado» de la misma manera que, ante la cruda realidad, ellos mismos fueron los primeros en darse cuenta

³⁴ Cfr. Prólogo de Ángel FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS al libro de ARGÜELLES *De 1820 a 1824*, Madrid, 1864, p. IV.

³⁵ Cfr. M. MORENO ALONSO, *La generación espar10la de 1808*, Madrid, Alianza, 1989, p.45.

de lo que había dentro de la máscara de aquel rey cuya imagen ellos mismos habían fabricado. Y al final, el reinado del Deseado fue el colofón, para decirlo en palabras de Argüelles, de «tres centurias de usurpación, de severa esclavitud y de ignominia [que] estaban desapareciendo para dejar las manos libres... a aquellos cuya misión era reparar tanto daño»³⁶.

En realidad la imagen del rey, en su traslación del tópico a la realidad, se fue fraguando a lo largo de un difícil y penoso camino que coincide con la implantación progresiva e irreversible del liberalismo. Porque durante los años de persecución -empezando por el llamado «sexenio absoluto»- no todos los componentes de aquella generación reformista padecieron las mismas penalidades ni vivieron las mismas vejaciones, aunque al final, y de forma progresiva, los más de ellos sufrieron un conjunto de decepciones, todas las cuales inciden de forma negativa, y como quiera que se les vea, en la caracterización del rey y de su reinado. Los testimonios son tan abundantes, y todos en el mismo sentido, que no es posible, salvo algunas exageraciones, afirmar lo contrario. Y entre la clase política que enjuicia con severidad al rey será una opinión compartida la que, a los cuatro años de su exilio, dio, por ejemplo, Flórez Estrada en su famosa *Representación a Fernando VII en defensa de las Cortes*. Cuando, contra la «corruptora» influencia de los consejeros del rey, propuso a éste el único «idioma» capaz de libertar «al pueblo español de los males que le oprimían y de elevar la nación al rango que le correspondería tener bien gobernada»³⁷. Algo parecido a lo que pretendió el mismo Javier de Burgos en su controvertida *Exposición a Fernando VII, desde París en 24 de enero de 1826 sobre los males que aquejaban a España y medidas para remediarlos*. Una idea que compartían los emigrados en Inglaterra, y de la que se hizo eco la prensa extranjera³⁸.

* * *

En las memorias y recuerdos de un cronista de su época, como es el caso, por ejemplo, de Mesonero Romanos (1803-1882), se advierte, con el transcurso del tiempo, la imagen que, sucesivamente, fue quedando en el pueblo del rey Fernando, aclamado en un momento hasta

³⁶ *Ibidem*, p. 198.

³⁷ En *Obras*, BAE, II, pp. 166-216.

³⁸ Cf. M. MORENO ALONSO, *La orja del liberalismo en España. Los amigos españoles de Lurd Holland, 1793-1840*, Madrid, Congreso de los Diputados, 1987, p. 338.

el frenesí y vituperado y odiado en otros. Pues, en un primer momento, cuando el mito del *Deseado* roza con la apoteosis, en medio de las primeras demostraciones oficiales tributadas al rey, el cronista no dejó de advertir «¡qué sinceridad de aplauso, qué delirio de entusiasmo, qué vértigo de pasión, de idolatría!» le acompañaban³⁹. Eran aquellos los felices días de 1808, cuando, todavía, no se habían hecho presentes la «separación y antagonismo, cada día más acentuados por la duda en que estaban todos los propósitos del rey a su entrada en España» en 1814, cuando también se le aclamaba por doquier⁴⁰. Y cuando «hasta las diversas banderías de liberales y serviles venían a confundir su pensamiento ante una misma idea...»⁴¹. Pero, en escasísimo tiempo, no tardaría en aparecer la faz del «ingrato» Fernando al proclamar el «funesto» decreto de Valencia que, al abolir las Cortes, pretendía «hacer retroceder la historia hasta 1808».

El gesto del rey, con su consiguiente gestión de gobierno de 1814, la calificará posteriormente Mesonero como «ingratitude y torpeza política que no tiene semejante en la historia moderna, y que fueron, a no dudarlo, las generadoras de tantos levantamientos insensatos, de tantas acciones horribles como ensangrentaron las páginas de aquel reinado». A lo que añadía: «y lo que es más sensible aun, que infiltrando en la sangre de una y otra generación sucesivas un espíritu levantisco de discordia, de intolerancia y encono, nos ha ofrecido desde entonces por resultado tres guerras civiles, media docena de Constituciones y un sinnúmero de pronunciamientos y de trastornos que nos hacen aparecer ante los ojos de Europa como un pueblo ingobernable, como una raza turbulenta, condenada a perpetua lucha e insensata y febril agitación»⁴².

El testimonio de Mesonero es un indicio testimonial de la «cohorte de coplistas, madrigaleros, anacreónticos y elegíacos» que, desde el primer momento, se lanzaron a fabricar hasta su «insensata fecundidad» la apoteosis del monarca recién llegado, formándose «la asonantada crónica de sus hechos, de sus dichos, de sus pensamientos, estampando cotidianamente en las mezquinas páginas del *Diario de Madrid* cien sonetos, décimas, quintillas y laberintos...» sobre sus decretos y disposiciones, sobre sus visitas a los conventos, sobre su encuentro con

³⁹ *Memorias de un setentón*, en *Obras*, Y, BAE, 1967, p. 14.

⁴⁰ *Memorias de un setentón*, Y, p. 63.

⁴¹ *Memorias de un setentón*, V, p. 66.

⁴² *Memorias de un setentón*, V, p. 68.

el Viático, o sobre su asistencia a las procesiones, sus besamanos o ceremonias palaciegas⁴³. En suma un retrato que, en este caso desde la adulación, se fabrica del monarca como, desde óptica bien diferente, se fabricará después otro bien distinto en el tiempo y en el espacio.

Según el testimonio personal del famoso cronista de Madrid, que habla desde la perspectiva de su condición ya de «setentón», el retrato verdadero del monarca no tardó, sin embargo, en desvelarse a la luz de su forma de actuar. Poniéndolo en boca de unos o de otros ésta es su imagen: «Decían, pues, algunos, e intentaban demostrar, que la base de su condición era una extremada suspicacia y recelo de todo el mundo, y que esta cualidad, dominante en él era, hasta cierto punto, disculpable, por el recuerdo de la opresión y alejamiento de que había sido víctima en su juventud, cuando Príncipe, de parte del odiado favorito y hasta de sus mismos padres; cualidad que, exacerbada después en el cautiverio de Valencey, y acariciada y desenvuelta a su regreso a España por la osada y agresiva falange de sus interesados aduladores y consejeros, que abusaron de su poca experiencia de mundo y de su escaso conocimiento de los hombres, le habían lanzado en la peligrosa senda de un absurdo pesimismo, e hicieron nacer en él un espíritu de saña vengativa contra todos los que se le designaban como enemigos personales o de la majestad de su corona. A lo cual contestaban otros en diverso sentido y apreciando los proceder del Monarca de muy distinta manera»⁴⁴. A partir de entonces, gobernarán unos o gobernarán otros, o fuera blanco del odio y los denuetos de los «partidos exagerados», era evidente que estaba «fabricada» ya la imagen del rey, que es la que está presente desde entonces en tantos testimonios tanto durante el Trienio liberal como durante lo que el propio Mesonero llama la «época calomardiana», en plena «ominosa década»⁴⁵.

La imagen que desde su pretendida mirada de cronista traza Mesonero del rey Fernando es sin apenas variación la que compartían entre sí los más de los hombres de aquella generación de 1808, que era la propia generación del rey: la de Alcalá Galiano, Francisco Amorós, Isidoro de Antillón, Agustín Argüelles, Arriaza, Blanco, Flórez Estrada, Gallardo, León y Pizarro, Lista, Joaquín Lorenzo Villanueva, Llorente, Quintana y tantos otros. Todos los cuales -algunos desde el propio

⁴³ *Memorias de un setentón*, V, p. 74.

⁴⁴ *Memorias de un setentón*, V, p. 87.

⁴⁵ *Memorias de un setentón*, V, pp. 165 ss.

conocimiento directo del monarca y muchos de ellos desde el exilio-contribuyeron a extender el retrato de un rey que, al final, es el que ha prevalecido en la historia de España hasta nuestros días.

Historiando su juventud al servicio del rey, años después, el general Fernández de Córdoba recordará cómo «muchas veces aparecían en las esquinas carteles y pasquines, en los que groseramente se injuriaba al rey con frases imposibles de estampar, sin que tampoco se respetara en ellos la reconocida virtud de la bondadosa reina doña Amalia...» 46. y al tratar del reinado de Isabel II, remontándose a los años del rey Fernando, recordará las palabras de Istúriz, de que «fusilar no es gobernar», quejándose de cómo «largos años hace que los españoles viénense fusilando unos a otros, sin que por consecuencia de esta medida hayan conseguido nuestros partidos fundar un gobierno regular y estable» 47. Evidentemente, aun después de la muerte del rey Fernando, el carácter dibujado de aquella «era política» continuaba obsesionando a las nuevas generaciones. Y eso que, en el caso del general -que se refiere al rey cuando hizo su entrada en la capital «al grito unánime de "¡Vivan las cadenas y la Inquisición!"»-, «los acontecimientos de aquel día, funesto para los amantes de la monarquía, sólo sirvieron para exaltar nuestras ideas y pasión realista» 48. Toda vez que el general es de los pocos que defiende al rey e incluso traza algunos aspectos agradables de su retrato, siquiera fuera en relación con las mujeres, «que siempre era agradable, porque Fernando VII reunía a su amable trato una gracia nada común, que hacía lo querido de las damas, a pesar de que su figura no había sido muy favorecida por la naturaleza. Tal es el poder de la amabilidad cuando la emplean como arma los soberanos» 49.

De todas maneras, la nueva generación, que juzgó con severidad al rey, fue consciente, cuando se ocupó de éste y de su reinado con mayor calma y serenidad, de la fabricación de tales retratos aparentemente contradictorios. Es la explicación que da, por ejemplo, el marqués de Miraflores, cuyo padre había militado en las filas de la camarilla del príncipe de Asturias: «El error clásico en que hemos incurrido siempre en España ha sido el que, cuando el Gobierno era absoluto todo concurría a hacerlo más bárbaramente opresor, y cuando ha habido

⁴⁶ *Mis Memorias íntimas*, 1, BAE, 1966, p. 18.

⁴⁷ *Mis Memorias íntimas*, p. 10.

⁴⁸ *Mis Memorias íntimas*, p. 24.

⁴⁹ *Mis Memorias íntimas*, p. 36.

un Gobierno constitucional se han hacinado con indiscreción elementos de libertad»⁵⁰. Aun cuando el marqués, al ocuparse del reinado de Isabel II, volvía una vez más al inevitable punto de partida, el de 1814, sosteniendo que «[...] la principal causa de la triste situación en que nos hallamos, es la conducta reaccionaria y altamente indiscreta que siguió el rey Fernando en 1814, a la vuelta de su cautiverio, poniéndose a la cabeza no de la nación española, sino de una fracción política, compuesta de hombres resentidos que quisieron hallar en la omnipotencia real no un elemento de bien para el país, sino un instrumento de sus miserables venganzas»⁵¹.

6. El juicio de la historia inmediata

El triunfo, inevitable, del liberalismo condenó para siempre al rey Fernando cuando, aparte de las proclamas, los decretos, los periódicos o los más diversos escritos adulatorios o críticos, llegó la hora de relatar los acontecimientos del reinado. Pues si, por una parte, muchos de los protagonistas, algunos de ellos hombres públicos de altura, escriben sus propias «memorias», desarrollando un género hasta entonces bien poco desarrollado -Quintana, Alcalá Galiano, Espoz y Mina, Van Halen, León y Pizarro, el marqués de las Amarillas⁵²—, otros escribirán la historia desde nuevas bases. Y desde éstas, los nuevos historiadores —entre los cuales se encuentran destacados protagonistas de los mismos hechos históricos que relatan— fijan definitivamente para la historia el retrato que ha llegado a las generaciones siguientes del rey Fernando y de su reinado. Es el caso, por ejemplo, del conde de Toreno, de Bayo, de Lafuente o del marqués de Miraflores.

En el caso de la personalidad del rey, dos, al final, serán las obras que marquen definitivamente la pauta de la historiografía o de la publicación posterior, muchos años después de que en Londres, en 1824, Miguel José Quin publicara las *Memoirs of Ferdinand VII* (traducidas al castellano en 1840). La primera es la *Historia de la vida y reinado de Fernando VII*, publicada de forma anónima en 1842, que desde Menéndez Pelayo se atribuye sin discusión a Estanislao de Kotska Bayo, y que aparecerá como una fuente exclusiva de los historiadores del

⁵⁰ *Memorias del Reinado de Isabel II*, 1, BAE, Madrid, 1964, p. 5.

⁵¹ *Memorias del reinado de Isabel II*, 1, p. 10.

⁵² Cfr. M. MORENO ALONSO, *Historiografía Romántica Española*, cit., pp. 401 ss.

reinado. Y la segunda será la *Historia General de España* de don Modesto Lafuente que, para lo concerniente al reinado de Fernando VII, sigue a aquélla en toda su integridad. A partir de entonces, por consiguiente, Bayo y Lafuente se convierten en punto de partida de toda una historiografía que, en lo que respecta a la figura y al reinado del rey Fernando, «fabrican» definitivamente el edificio que, con el consenso de la historiografía posterior, ha llegado a nuestros días. El mismo que está presente también en la historiografía extranjera, pues, hasta cuando el gran hispanista George Ticknor, que tan bien conocía España, publica su magna *Historia de la Literatura Española*, señalará, con tintes bien negros, la influencia de un rey que, ante una nueva edad, se empeñó en aplicar a todo un pueblo los preceptos del «viejo despotismo» que, finalmente, no pudo acallar el fermento liberal de la nueva generación de liberales españoles, cuyo testimonio incontrovertible —el de Quintana, Blanco, Martínez de la Rosa, Argüelles, Toreno, Alcalá Galiano— hará muy difícil si no imposible cualquier intento de «fabricar» otra imagen diferente del rey Fernando VII ⁵³.

⁵³ *History of Spanish Literature. with criticism on particular works and biographical notices* (!/prominent writers, III, LON:ON, Jolm Murray, 1855, pp. 318 ss.